

Salvador Dalí y el juego filosófico de la Arquitectura

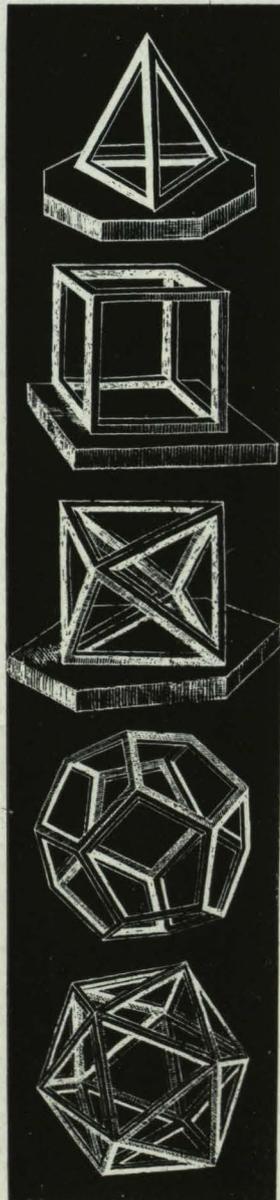
Gabriel Alomar, Arquitecto

La REVISTA NACIONAL DE ARQUITECTURA me pide un artículo sobre mi colaboración con el ilustre pintor español, de la cual fué fruto el proyecto para su propio estudio en Cadaqués, que cerca de dos años después de haberse trazado, ha tenido cierta divulgación a través de su reproducción en la revista norteamericana *House and Garden*, y en estas mismas páginas.

Poco es lo que del proyecto en sí puede decirse en presencia de los dibujos (*). Su idea básica—la del icosaedro—no es del pintor, ni mía, sino directamente inspirada en Leonardo de Vinci. Pero, en el fondo, viene de mucho más lejos: en su ascendencia, a través de Pier della Francesca, podríamos llegar a Platón y a Pitágoras, sin salir del terreno de la estética pura, una estética, por demás, muy daliniana.

Hay pintores musicales y pintores arquitectónicos. No pretendo analizar ni aclarar esta afirmación; el que me quiera entender que me entienda. Salvador Dalí es un pintor reciamente arquitectónico; basta ver la obsesión que tiene por arquitectonizar sus figuras; todo en sus pinturas es estable y hasta sus monstruosas formas protoplasmáticas quedan perfectamente aseguradas por multitud de sus típicas muletas. En estos momentos, su sugestión arquitectónica se concreta y limita al Renacimiento italiano, que él ha comprendido como nadie en el fondo de su esencia, sin perder con esto, en absoluto, su personalidad. Así, pues, vendrá bien a cuento lo que

(*) Una de las perspectivas que aquí reproducimos es inédita, y la otra fué publicada en esta misma Revista, en la bella pintoresca versión del mismo Dalí.



Perspectiva del estudio del pintor Salvador Dalí, en Cadaqués.

pienso decir, que al mismo tiempo que una breve reseña de un interesante aspecto de la Arquitectura, el de su fondo esotérico, eterno juego filosófico de los grandes arquitectos, constituye lo que podríamos llamar el árbol genealógico del icosaedro de Cadaqués.

Con ello pagaré al admirado amigo de unas pocas semanas—a quien conocí, recortada su inconfundible silueta, junto a la de Gala, sobre un horizonte tormentoso, a bordo del «Vulcania»—el tributo de agradecimiento por la hermosa forma en que me dedicó el mejor de sus libros.

Desde el origen de las culturas existieron doctrinas secretas transmitidas oralmente a los iniciados; la cultura griega permitió que estas doctrinas, antes casi siempre de naturaleza religiosa y de iniciación sacerdotal, fueran tendiendo hacia la ciencia y hacia la filosofía. Son las doctrinas esotéricas.

La doctrina de los números y de las formas geométricas puede decirse que arranca de la escuela pitagórica. Como en toda obra de arte, en toda organización de formas materiales hay un *substractum* más o menos misterioso, geométrico o numérico, pues la geometría es una visualización de los números. La tradición pitagórica se continuó a través de Platón y de otros filósofos clásicos, hasta que fué recogida, ya dentro de los límites puramente arquitectónicos, por Vitruvio, cuya tesis descansa sobre los principios pitagóricos de la *analogía* (*Ἀναλογία*) y de la *symetría* (*Συμμετρία*). La primera es el uso de las proporciones y la equivalencia de relaciones que engendran formas semejantes; la segunda, el sentido de commensurabilidad entre todas las partes de un conjunto.

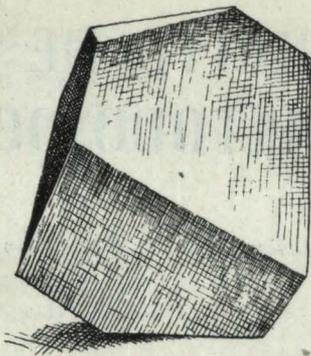
Siglos después, toda la Edad Media está llena de

este espíritu esotérico, pero especialmente la Arquitectura, cuyos trazados se concebían siempre sobre figuras geométricas de misterioso significado, en donde lo simbólico se confunde con lo cabalístico. Los arquitectos góticos guardan celosamente, y sólo se transmiten de palabra dentro de sus gremios y cofradías, la regla geométrica, el secreto platónico de la Arquitectura, y sólo de tanto en tanto un Villard d'Honnecourt se atreve a dibujar para la posteridad la clave criptográfica de plantas, alzados y secciones.

El espíritu pitagórico, tan extendido y tan hondo en la cultura clásica, no podía menos de trasladarse al Renacimiento. Leon Battista Alberti, en su tratado *De re aedificatoria*, empieza por encerrar idealmente el edificio arquitectónico dentro de una envolvente cristalina, un poliedro transparente, cuyos lados y medidas regula utilizando ciertas relaciones tipo, las *mediocritas*, las *μεσοτητες*, que ya Platón había puesto como principio del alma del mundo. La teoría albertina estudia cada elemento arquitectónico según cuatro principios: *Numerus*, *Finitio*, *Figura* y *Collocatio*.

Poco tiempo más tarde, Luca Paccioli, en su libro *De Divina Proportionone*, encuentra de nuevo, muchos siglos después de Euclides y de Ptolomeo, la media extrema razón entre los dos segmentos de una recta: la *sección áurea*.

Desde Pitágoras y Euclides, se dió un valor especial a cinco poliedros regulares cuyas virtudes matemáticas, físicas y hasta metafísicas se consideraron extraordinarias; cubo, tetraedro, octaedro, dodecaedro e icosaedro. Tal vez porque en su diálogo de Timäus de Lokri dice de ellos: «El fuego está formado por tetraedros, el aire por octaedros, el agua con icosaedros, la tierra con cubos y, como aun es posible una quinta forma, Dios ha utilizado ésta: el



El misterioso octaedro de la «Melancolía».

Para mi amigo Alomar.
Alomar
Sueños de Salvador Dalí
 50 *Salvador Dalí*
 SECRETS OF MAGIC 1944
 CRAFTSMANSHIP



«El Arquitecto». Dibujo y dedicatoria de Dalí: «Para mi amigo Alomar, colaborador de mis sueños bra-mantinos.»

dodecaedro pentagonal, para que sirva de límite al mundo».

El interés por estas formas excepcionales se prolongó a lo largo de la Edad Media. Raimundo Lulio, hermano mayor de mi raza, en su *Ars Magna*, magnífica conjunción de la ciencia platónica con la sabiduría árabe y con el espíritu cabalístico de Oriente, hace el estudio y la apología del cubo, y sobre dicho estudio, nada menos que Juan de Herrera tenía que escribir su *Discurso sobre la figura cúbica*.

En la cultura humanista del Renacimiento, no tan sólo sigue el interés por estos cinco poliedros perfectos—recordemos el tratado de Pier della Francesca *Quinque corporibus*—, sino que los artistas luchan por extraer nuevos secretos a la Forma. ¡Que mucho nos dice este extraño sólido que Alberto Durero coloca al lado su «Melancolía»! Pero, a pesar de esto, la aristocracia metafísica de los poliedros se encuentra siempre en los *cinco cuerpos*.

El estudio de Salvador Dalí no es más que otra vuelta más dada al secreto pitagórico, al mismo tiempo que la plena realización de la regla de encerrar idealmente a la obra de arquitectura dentro de un sólido transparente. La belleza se debe buscar en el orden cósmico más puro y secreto.

¿Por qué no dar al sólido la forma perfecta del icosaedro, en el cual todo es física y metafísicamente perfecto?

¿Por qué no hacer que la propia obra de arquitectura sea la caja transparente que imaginaba Leon Bautista Alberti?

Alguien nos podrá decir que este proyecto no es realizable; tanto mejor. Cansado de cosas prácticas y de funcionalismos, bueno es, que de tanto en tanto los arquitectos hagamos, escaleras abajo, alguna huida desde campo prosaico y útil de lo real para entrar en la mansión de los sueños bra-mantinos.

